

Familias especiales que merecen
toda nuestra atención

SOMOS DUEÑOS DE NUESTRO CARÁCTER



Sí. Habéis leído bien: toda persona es dueña de su carácter. Lo forja cada uno en el uso de su libertad a lo largo de toda su vida.

Para entender semejante afirmación hay que explicar previamente el concepto de personalidad.

Todo individuo tiene una personalidad única que lo hace diferente. Irrepetible. Y esa personalidad tiene dos componentes que son el temperamento y el carácter.

El **temperamento** de la persona es la parte genética, biológica, la que recibimos de nuestros progenitores, la cual nos viene dada y no podemos cambiar. Determinan ciertos aspectos de nuestra vida y de nuestro actuar.

El **carácter** es la parte adquirida por el aprendizaje, la que vamos construyendo con nuestros actos. Es decir, susceptible al cambio. Y es en este componente donde quiero detenerme.

Es frecuente oír la siguiente expresión: *Es que mi carácter es así*, como si estuviéramos programados. Determinados. Si lo pensamos con detenimiento, esta frase es muy cómoda ya que nos quita cualquier responsabilidad en nuestro actuar, nos elimina de nuestra culpa. Es cierto que los años más importantes a la hora de forjar nuestro carácter es la juventud, momento en el que nuestro aprendizaje es más significativo, pero afirmar esto no excluye que en los siguientes periodos de nuestra vida el carácter se pueda modificar, tanto para bien como para mal.



Si no pudiéramos cambiarlo en el transcurso de los años significaría que estamos condicionados para ser siempre así y ¿dónde dejaríamos entonces la posibilidad de mejora? ¿Esa lucha personal que nos va forjando para poder ser cada día unos hombres y mujeres de olé?

Como decía anteriormente el carácter se puede cambiar tanto para bien como para mal y estaréis de acuerdo conmigo en que la expresión antes mencionada, *es que mi carácter es así*, la

utilizamos cuando nuestro actuar no ha sido el correcto. A pocas personas he oído usar dicha expresión cuando su acción ha sido la debida, ya que ello implicaría que lo que ha realizado no tiene ningún mérito personal. Y... quitarnos mérito... ¡qué poco nos gusta! El ego tiene mucha fuerza.

Falta de humildad y sinceridad con nosotros mismos es lo que hay detrás de esa forma de ver la vida. De lo malo no soy culpable, pero de lo bueno sí. Somos los protagonistas de nuestra existencia y solo nosotros somos los responsables de cómo la diseñamos.

Y llega la parte práctica de estas letras: ¿Quiero cambiar mi carácter para bien? Si tu respuesta

es que sí, sigue leyendo. Si es que no, te animo a que cambies de actividad y no pierdas esos preciosos cinco minutos que te va a llevar terminar la lectura de este texto.

Espero que sigas aquí. Eso es buena señal. Te importa tu vida, y mucho, porque quieres ser mejor persona.

Somos los protagonistas de nuestra existencia

Antes de concretar **qué hacer** para mejorar nuestro carácter quiero detenerme en explicaros brevemente

por qué hacerlo. Hay dos motivos de peso.

El primero, y más importante para una persona creyente, es porque cuando uno lucha por mejorar, en el fondo lo que está haciendo es buscar su santidad y ese, y no otro, es una de las misiones que tiene todo bautizado: ser santo y hacer apostolado. Cuando luchamos por ser mejores lo que estamos haciendo es intentar identificarnos con Cristo. Él, y solo Él debe ser nuestro modelo. En Jesucristo están todas las virtudes en grado máximo. Mirándolo a Él, intentando imitarle, hará que nuestro carácter mejore y llevemos adelante esa misión que tenemos encomendada, en la que por cierto nos jugamos mucho ¡toda una eternidad!

El segundo motivo por el cual debemos luchar para mejorar es para hacerle más agradable la vida a las personas que nos rodean y sobretodo esas personas que son fundamentales en nuestra existencia. Nuestros amores. Es con ellas con las que *sacamos* nuestro mal carácter muchas veces. De visita todos somos encantadores, de puertas para dentro la cosa cambia. Craso error. Debemos desvivirnos por dar lo mejor a aquellas personas que ocupan nuestro corazón ya que las haremos más felices. Además, este es un negocio magnífico porque cuando haces más feliz a las personas que quieres, tú eres más feliz.

Pero no solo debemos mejorar por la gente que tenemos cerca, en primera posición, llámese cónyuge, hijos, padres, hermanos, amigos íntimos... sino por todos. Da gusto, y es una suerte, cuando la persona que tienes al lado tiene un carácter magnífico. Apetece siempre su compañía. Nosotros tenemos que querer ser esas personas con las que de gusto estar.

A estas palabras escritas le podemos añadir también un componente sobrenatural. Os decía anteriormente que la misión de todo bautizado es ser santo y hacer apostolado. ¡Qué mejor manera de hacer apostolado que con el ejemplo! Vivimos en una sociedad en la que lo que de verdad tiene importancia es el testimonio. Nada de sermones y buenas palabras. Como no vivas lo que predicas poco haces. Si en párrafos anteriores os he comentado que ser santo es identificarse con Cristo, está claro que si lo estamos haciendo bien los que nos rodean deben notar *en sus carnes* esa identificación porque si no algo estamos haciendo mal. Una persona que *salte* a la menor; que critique; que no cumpla con la palabra dada; etc. ya puede predicar mucho que no atrae. No es modelo. Tenemos la responsabilidad de llevar a Jesús a los demás con nuestro actuar y eso lo logramos con un carácter bueno.

Y ahora sí ¿cómo hacer para que nuestro carácter sea bueno? Aclarando que carácter bueno no es otra cosa que carácter virtuoso. Creo que la pregunta ya está contestada: hay que ganar en virtudes.

Me detengo brevemente a definir qué es una virtud. **Virtud** es ese hábito que adquirimos por repetición de actos que nos llevan a actuar bien.

Una vez definido el término de virtud sería bueno analizarnos a nosotros mismo y ver qué virtudes tengo y de cuáles carezco. Esas de las que carezco dan pie a los defectos que acampan en mi persona ya que son la antítesis a las virtudes.

También es muy interesante –y de sabios- preguntarle a la gente que nos conoce bien que nos diga cómo somos. Nuestra objetividad puede estar dañada –esa falta de sinceridad con nosotros mismos tan frecuente- y solo ver lo bueno de nuestra personalidad, ya que a los defectos que aparecen siempre les buscaremos una justificación que nos haga “inocentes” de los mismos.

Cuando digo que hay que ganar en virtudes me refiero a todas. Es de miopes creer que el buen carácter se limita a eliminar la ira, el llamado “pronto”, de nuestra vida y ganar en paciencia. Es mucho más. El carácter comprende todos los actos de los cuales soy responsable en el uso de mi libertad, regalo inigualable que nos ha dado Dios.

Caridad, fortaleza, templanza, justicia, prudencia amabilidad, sinceridad, lealtad, paciencia... ¡la lista es enorme! Son una simple muestra de cualidades de nuestro carácter que deberíamos poseer. Tenemos que luchar por adquirirlas con nuestras fuerzas, pero no solo con ellas, seamos humildes y conscientes de que si buscamos ayuda en Dios todo irá mejor. Él y la gracia que nos regala, por medio de

En Jesucristo están todas las virtudes en grado máximo



los sacramentos, lo hará más sencillo. Hay que aliarse con Él para tal cometido. Merece la pena. Solos podemos poco, con Él todo cambia.

He intentado contestaros con argumentos sencillos a las preguntas: qué hacer y por qué hacerlo. Espero que haya quedado claro –por lo menos mínimamente- pero... falta una pregunta fundamental, sin la cual no puedo terminar este artículo. Ese interrogante que os pongo sobre el tapete es el siguiente: **¿quiero hacerlo?**

Este escrito puede ser muy “bonito” y pensar al leerlo: ¡Qué verdad, estoy de acuerdo con todo! Pero si simplemente os quedáis ahí al realizar esta lectura, es una pena. Seguí caminando por vuestra zona de confort tan de moda hoy en día. Estas palabras serán como gotas de lluvia que caen sobre el paraguas y no permite que nos empapen. El movimiento se demuestra andando.

Si mi respuesta al *¿quiero hacerlo?* es que sí, lo que hay que poner en marcha es el

comprometernos con nosotros mismos. ¿Comprometernos? Pues sí. Ya siento haber mencionado esta palabra tabú que chirría tanto en nuestra sociedad actual. Lo sé, el compromiso no está de moda. Nos da miedo. Pero es que es lo que necesitamos para cambiar, comprometernos con nosotros mismos, ya que compromiso significa que libremente decido hacer algo bueno porque me da la gana.

*Solos podemos poco,
con Él todo cambia*

Ojalá os dé la gana –no hay mayor motivo que este: porque me da la gana- querer mejorar. Moldear nuestro carácter para bien. Adquirir esas virtudes necesarias para identificarnos con Jesús y para hacer agradable la vida a los demás.

Concretaros puntos de mejora. Pocos, pero asequibles. Aquellos a los que seáis capaces de comprometeros, y cuando los tengáis logrados ¡a por otros! Y si caéis, no pasa nada. Levantarse con deportividad y otra vez a empezar. Lo importante es que la lucha no se detenga.

Cristina Clemares Pérez-Tabernero



Feliz Navidad

EL MENSAJE DE BELÉN

La Navidad no es la fiesta de un día; es la fiesta de todos los días del año. Cada vez que en otro descubrimos a Cristo, cuando perdonamos, cuando luchamos por la justicia, siempre que compartimos algo, que hacemos sonreír al que sufre, cuando estrechamos una mano con cariño, siempre que escuchamos al prójimo con comprensión y trabajamos por los demás... nace Jesús, es Navidad.

Antes del siglo IV, cuando los cristianos no eran libres de profesar su culto abiertamente, tenían que recurrir a reuniones en casas particulares o en catacumbas, donde han quedado hermosos murales que representan escenas de Navidad. Por entonces la Epifanía y la Navidad se celebraban conjuntamente el 6 de enero, pero después de la conversión del emperador

